

Entrevista a Marc Angenot

La teoría del discurso social de Marc Angenot marcó un hito en la semiótica cordobesa, especialmente a partir de las investigaciones realizadas en el programa “Discurso Social: lo visible y lo enunciable” y el Doctorado en Semiótica del Centro de Estudios Avanzados de la Facultad de Ciencias Sociales en la Universidad Nacional de Córdoba. María Teresa Dalmasso y Norma Fatala fueron las precursoras en la traducción e investigación de esta propuesta, seguidas por Sandra Savoini, Sebastián Gastaldi y un equipo de investigadores, entre los cuales me incluyo. Luego, esta teoría se expandió por distintos lugares de Argentina para terminar siendo una referencia en las cátedras de Semiótica y Análisis del discurso de distintas universidades nacionales. Además, hay que destacar los aportes de Mariano Dagatti, en la Universidad de Buenos Aires, que contribuyeron a ampliar la mirada sobre este proyecto. En la actualidad, la propuesta de Angenot es estudiada en diversas universidades y centros especializados del Cono Sur, reflejando su impacto duradero.

Hace tiempo entablé un vínculo con Angenot, quien generosamente compartió sus últimas obras conmigo, lo que dio lugar a discusiones sobre distintos tópicos y culminó en la realización de una entrevista¹ en francés, cuya conversación se publica en este número de *Ñeatá*. En ella, el prestigioso investigador reflexiona sobre sus inicios, su trayectoria, la teoría del discurso social, su condición de Profesor Emérito, la retórica de la argumentación, los discursos de odio, el culto religioso y su relación con la ciudad de Córdoba, entre otros temas de interés para especialistas y personas curiosas en la materia.

Marc Angenot (Bruselas, 1941) es un teórico social, historiador de las ideas y crítico literario belga-canadiense. Es profesor de literatura francesa y titular de la Cátedra James McGill de Teoría del Discurso Social en la Universidad McGill, Montreal. Además, es considerado un destacado exponente del enfoque sociocrítico de la literatura y ha recibido el Prix du Québec Léon-Gérin por sus significativas contribuciones a las ciencias sociales, además de los premios más prestigiosos otorgados por el Gobierno de Quebec en todos los campos de la cultura y la ciencia. Investigador de renombre mundial, es considerado el padre de la teoría del discurso social y su vasto conjunto de obras abarca historia intelectual, lingüística, política, semiótica, retórica y lógica informal, así como teoría literaria. Algunas de sus obras

Entrevista a Marc Angenot
realizada por el Dr. Baal Delupi
(UNC), Argentina.

1 Entrevista traducida por Baal Delupi con el permiso de Marc Angenot.

son: *Les Champions des femmes* (1977), *La parole pamphlétaire* (París, 1985), *1889: Un état du discours social* (1989), *Idéologies du ressentiment* (1995), *Rhétorique de l'anti-socialisme* (2004), *Le Marxisme dans les grands récits* (París, 2005) y *Dialogues de sourds* (París, 2008). El *Yale Journal of Criticism* publicó en 2004 un número especial titulado “Marc Angenot y los escándalos de la historia”. Por último, hay que destacar que fue profesor Chaim Perelman de Retórica e Historia Intelectual en 2012 en la Universidad de Bruselas.



Imagen 1 – Marc Angenot

Fuente: <https://marcangenot.com/>

1) Su investigación sobre el estado del discurso social en Francia ha sido muy importante para los estudios retóricos, semióticos e históricos en diferentes partes del mundo. ¿Qué recupera hoy, después de varias décadas, de este arduo trabajo? ¿Qué vínculos puede establecer entre el estudio de esa amplia muestra y el contexto actual?

Querido Baal Delupi, muy amablemente me estás sometiendo a una prueba que encuentro difícil. No es tan fácil hablar de uno mismo, y mucho menos mirar hacia el pasado y reconstruir con un poco de precisión el propio recorrido intelectual, los propios intereses y las propias preguntas, articulándolas en el tiempo, desgraciadamente lejano, en el que se supone que han cobrado sentido por primera vez. No es fácil hacer un balance de cuarenta años de investigación presentados en una docena de libros. Y no

es fácil resituar sus métodos y enfoques en el contexto actual.

Trataré de no centrarme en mí mismo, sino, a través de mi caso, hacer un balance de los avances y cambios de rumbo en los campos de los estudios retóricos, la semiótica, el análisis del discurso y la historia de las ideas, desde mi lejana juventud hasta nuestros días. Es difícil ser breve si quieres dar una respuesta relevante a tu primera pregunta, ¡pero esto me permitirá ser más breve al responder a las demás!

Pero no puedo prescindir de unas breves palabras sobre mi propia carrera. En 1967 defendí un doctorado en filosofía y literatura en la Universidad Libre de Bruselas con una tesis principal sobre la *Retórica del surrealismo* y una tesis secundaria sobre el criollo haitiano. Mis tesis habían sido dirigidas por el estilista Albert Henry (1910-2002) de quien guardo un grato recuerdo: fue él (había apreciado mi tesis de licenciatura sobre *las estelas* de Victor Segalen) quien inesperadamente me dio un mandato de tres años en el FNRS, el Fondo Nacional de Investigación Científica [belga], lo que me permitió llevar a cabo esta tesis.

Cuando la estaba terminando, empecé a buscar un lugar donde quedarme. En Europa, poco antes de la súbita expansión del viejo sistema universitario “elitista”, que permitiría a la generación del *baby boom* entrar en la nueva universidad de masas que se estaba creando, la perspectiva normal de carrera de un joven doctor era pasar varios años en un instituto provincial antes de ser reclutado algún día, con suerte y apoyo político, en la Universidad, como ayudante y tal vez a los cuarenta, como “profesor extraordinario”. En los pasillos, noté algunos carteles que anunciaban puestos en el extranjero: en Orán, Lubumbashi y Montreal. Descarté los dos primeros y me dije, vamos a intentarlo, vamos a Montreal, me gustaría pasar unos años allí. Soy profesor en la Universidad McGill desde 1967 y desde 2013, una distinción a la que doy la bienvenida ambivalente a pesar de las felicitaciones del rector y el pergamino que lo acompaña “profesor emérito”.

Tenía una formación literaria, pero me sentí atraído por un campo relacionado que entonces era despreciado pero que estaba a punto de reaparecer: la retórica de la argumentación. La retórica, después de un eclipse de casi dos siglos, volvió con fuerza en la filosofía, en las ciencias sociales y en las ciencias del lenguaje hace medio siglo. Mientras tanto, el estudio del razonamiento se había convertido, a través del trabajo de los lógicos, en algo estrictamente formal, casi matemático. En cuanto a las

ciencias sociales e históricas, pasaron por el “archivo”, por la materialidad del discurso sin verlas. Consintieron en identificar sólo cosas *incorpóreas*, a las que llamaron, según el caso, “ideas”, “pensamientos”, y para los pueblos y las masas “mentalidades”, “representaciones”, “actitudes” (¡todos esos conceptos irremediamente vagos de los historiadores de antaño!) sin descifrar nunca palabras, frases, formas de hablar, de organizar el discurso y de comunicar.

Este Gran Retorno se puede fechar en la publicación de dos obras pioneras simultáneas, la *Nueva Retórica* de Chaim Perelman y Lucie Olbrechts-Tyteca² y, del autor británico Stephen Toulmin, *Los usos del argumento*³.

De hecho, al mismo tiempo, a principios de la década de 1970, estaba trabajando en el renacimiento de la vieja retórica (solo había tomado dos cursos “obligatorios” de filosofía de C. Perelman, pero aparentemente estaba interesado en este tipo de cosas y sabía algo sobre su *Tratado*). *La Parole pamphlétaire*, obra publicada por Payot en 1982 y siempre reeditada, ha constituido, se ha dicho, y me alegro mucho por ello, “un gran avance” en el descuidado análisis de los géneros polémicos y de la “literatura de ideas”. *Les Champions des femmes*⁴ examina una larga tradición erudita y galante que, entre 1400 y 1800, afirmó demostrar con gran refuerzo de ejemplos y pruebas tópicas la superioridad de género femenino.

Los métodos y conceptos que se aplicarían a tales corpus tuvieron que ser completamente inventados y elaborados. A partir de entonces, emprendí un bricolaje ecléctico en el que mezclé a Ferdinand de Saussure y Aristóteles, el Aristóteles de los *tópicos* nada menos que de la *Retórica*, Chaim Perelman y Charles Sanders Peirce, Mijaíl M. Bajtín y Jean-Pierre Faye, el análisis del discurso de los lingüistas y la teoría de las formaciones discursivas según Michel Foucault, el Foucault de las discontinuidades, las genealogías, la arqueología del conocimiento, el orden del discurso, entre *las palabras y las cosas* y *Vigilar y Castigar*. Y Umberto Eco con su *Trattato di semiotica* y *Lector in fabula*. Si mi edad me permite dar un consejo a ‘los jóvenes’, es que practiquen este tipo de eclecticismo metódico en lugar de encerrarse en una tradición establecida y cerrada.

2 *Tratado de Argumentación. La nueva retórica*. París: P.U.F., 1958. 2 vols. (reeditado en Bruselas: Ed. de l’U. L.B./ París: PUF, 1988).

3 *The Uses of Argument*. New York, London: Cambridge U. Press, 1958. 5 Les usages de l’argumentation. Paris: PUF, 1992. Voir aussi la dernière version «updated» en anglais de 2003.

4 *Presses de l’Université du Québec, 1977.*

Por lo tanto, realicé una reflexión complementaria sobre la retórica de la argumentación y sobre la historia de las ideologías, las disensiones y las controversias. Continúo: publiqué en París en 2008 un tratado titulado *Dialogues de sourds*, un tratado subtulado *Retórica antilógica* en homenaje a una obra perdida del sofista Protágoras. Esta persistencia en la retórica se evidencia aún más en mi tratado *Retórica de la confianza y la autoridad*, publicado en la colección “Discurso social” en agosto de 2013.

Si me hubieran pedido mi currículum en la época de estos primeros días, me habría declarado “Analista del Discurso”. No importaba porque nadie sabía realmente de qué se trataba. Esta disciplina emergente se basa en una idea simple: lo que se dice y se escribe en la vida en sociedad nunca es aleatorio o “inocente”; una disputa doméstica tiene sus reglas y sus funciones, su tema, su retórica, su pragmática, y estas reglas ciertamente no son las de una carta pastoral episcopal, un editorial político o la profesión de fe de un candidato a diputado. Tales reglas no se derivan del código lingüístico. Forman un objeto particular, autónomo, esencial para el estudio del hombre en sociedad. Este objeto, sociológico e histórico, es la forma en que las sociedades se conocen hablando y escribiéndose, la forma en que el hombre-en-sociedad narra y discute entre sí.

Ahora, por primera vez, Argentina ha intervenido. Entablé entonces una amistad duradera, interrumpida por su prematura muerte, con Luis Jorge Prieto (1926-1996), teórico de la semiología, primero, profesor en el Departamento de Sociología de la Universidad de París XIII y luego, profesor de Lingüística General en la Universidad de Ginebra, ocupando allí la Cátedra Saussure.

Es de la retórica, como se ve, de donde he pasado “con toda naturalidad” al análisis del discurso y de la historia de las ideas. Se trata de disciplinas que, en general, están mejor desarrolladas y mejor reconocidas en la *Hispanidad* y la *Anglofonía* que en el dominio francófono; hace poco tuve que hacer una síntesis en francés que faltaba: *L’histoire des idées: problématiques, objets, concepts, enjeux, débats, méthodes* (Lieja: Presses universitaires de Liège, 2014).

¿En cuanto a trabajar en el contexto ideológico actual en un mundo que cambia rápidamente? Ciertamente, me interesa. He publicado hipótesis bajo el título *Les retombées de la pandémie dans les idéologies*.⁵. ¡Pero

⁵ La democracia conquistada por la pandemia se publicará en la colección Verbatim de Presses de l’Université Laval.

dejo que la nueva generación haga esto!

2) Mucho se debatió sobre la imposibilidad de tomar “todo lo que se dice y se escribe en un estado de sociedad, todo lo que se imprime, todo lo que se habla públicamente o se representa hoy en los medios electrónicos”, como usted propuso hacer en su tesis, sobre todo en el contexto actual de una producción discursiva incalculable. Más allá de que esta respuesta puede encontrarse en sus libros, estoy obligado a hacerle la pregunta: ¿realmente tomó todo lo que se dijo en Francia en un año calendario, o más bien seleccionó una muestra representativa para ver regularidades semióticas?

En mi análisis del discurso social, me inclino por un enfoque sincrónico con la ambición de sistematización. La crítica del discurso social que me propuse hacer hacia 1981 fue aprehender y analizar en su totalidad la representación discursiva del mundo tal como se expresa en un estado de sociedad, una producción que presupone el sistema completo de “intereses” con el que se carga a una sociedad. Para mí, se trataba de construir una problemática y una batería de conceptos capaces de explicar esta totalidad de lo que se escribe, imprime y difunde en un momento dado de la sociedad. Intentaba tener una visión global del inmenso rumor de lo que se dice y se escribe, abarcando todos los sectores, todas las disciplinas, todos los “campos”. Quería dar consistencia teórica a un objeto intuitivo, la “cultura” de una época, el *Zeitgeist*, el espíritu de los tiempos.

La elaboración de la teoría del discurso social se basó en una inmensa cantidad de trabajo de campo, el análisis sistemático de todo lo “impreso” producido en lengua francesa durante un año que yo había elegido con algunas buenas razones contingentes: el año 1889. ¿Por qué este año? Mil ochocientos ochenta y nueve es simplemente para Francia un año “rico”, es un año crucial: es al mismo tiempo el año del centenario de la Revolución, el año de la Exposición Universal, la Torre Eiffel, el año del ascenso y la caída del general Boulanger, el año del “Drama Mayerling” y muchos otros acontecimientos significativos. Sin embargo, iba a ciegas. Yo no era de ninguna manera un siglo XIX y tenía todo por aprender. Fue en 1989 cuando publiqué un libro de 1.176 páginas, titulado *1889: Un état du*

discours social.

En un capítulo inicial de este libro, expuse las reglas que establecí para el muestreo. Era ciertamente necesario: el Catálogo Jordell/Lorenz enumera 5.260 libros publicados en Francia en 1889. Aunque hubo una revolución en el sistema de la palabra impresa a finales de siglo, no tuvo lugar en el libro sino en el diario y en la prensa periódica en su conjunto que, a partir de 1870, experimentó un aumento brutal en el número de títulos, “fórmulas” y circulación. Número de diarios en París: ¡158!, periódicos de opinión e información fuera de París: ¡923! Era la época (que yo había escogido precisamente por eso) del triunfo de la palabra impresa.

El objeto que he tratado de sintetizar en 1889 no es el conjunto empírico superficial, no son las miles de páginas impresas de ese año. Quise extrapolar las reglas de producción y organización de enunciados, tipologías y topografías para identificar los repertorios tópicos y presupuestos cognitivos que, para una sociedad dada, organizan y delimitan lo narrable y lo argumentable. De hecho, postulo que narrar y argumentar son los dos modos predominantes de discurso y que no deben abordarse por separado, independientemente el uno del otro. Que poner la narratología de un lado, la retórica de la argumentación (y la retórica de las figuras y los tropos) del otro, sólo es adecuado para mentes “compartimentalizadas”. No estoy de acuerdo con las compartimentaciones arbitrarias y estériles que nos impiden tratar de pensar la totalidad.

En las humanidades y las ciencias sociales, todo lo que analizamos debe situarse en el tiempo y en el espacio cultural. La historia de las ideas (es a esta disciplina, que es más anglosajona y alemana que francesa o francófona, a la que he llegado a adherirme si me piden mis trabajos), la historia de las ideologías y de los discursos acompaña a la historia “empírica”, política y social y, muy a menudo, las precede, lo que la convierte en el precioso valor predictivo. En mi libro de historia conceptual de 2013, *Fascisme*, vuelvo a la noción de “prefascismo” que fue planteada por Zeev Sternhell, un historiador israelí a quien conocí amistosamente, para la Francia de la década de 1880; nociones que han sido criticadas, pero un concepto perspicaz porque las ideologías tardan un largo período de latencia en retocar, extenderse e imponerse en el escenario mundial. El “fascismo” estaba presente en las ideas en Europa, entre los franceses Maurice Barrès y Georges Sorel en particular, mucho antes de octubre de 1922, fecha de la Marcha sobre Roma, mucho antes de que Mussolini creara el *Partito nazionale fascista* y antes de que intelectuales y artistas

de renombre, D’Annunzio, Marinetti, Corradini, Pirandello, Mosca, Vilfredo Pareto, Roberto Michels, se unieran a él.

La historia de las ideas abarca dos tipos de enfoques que considero complementarios y tan legítimos entre sí: es tanto el de las evoluciones y los devenires (diacronías) como el de la descripción en sección temporal de un estado de cosas, de un estado de cultura, el estudio de la coexistencia de las “ideas” puestas en “discurso”, de “representaciones” y “creencias” en sincronía (no es este el lugar para ahondar en la confusa polisemia que ha acompañado a la historia intelectual durante más de un siglo).

Así que partí de lo “fenoménico”, de una masa colorida y difícil de dominar de textos de “todo tipo”, para tratar de identificar principios de engendramiento, patrones recurrentes. Mi trabajo ha consistido en intuir y detectar el eterno retorno de lo mismo, el *Immerwiedergleich* (como dice Walter Benjamin de la noticia en los periódicos), y en extrapolar los “repertorios” temáticos de los que se nutrirán los escritores de todos los sectores para sacar a la luz tanto las tendencias generales como los avatares locales de las formas y temas fundamentales, el rumor de una “base continua” detrás de las variaciones de una serie de “patrones”, la permanencia de la doxa en la sorpresa de las paradojas, el retorno de ciertos paradigmas, presupuestos, constantes en apropiaciones divergentes, aparentes desacuerdos e individuaciones, producciones que una época acoge como “originales”.

La noción de sincronía que afirmé al tratar de dar cuenta de *un estado* del discurso social es obviamente lo opuesto a la de la lingüística estructural. La sincronía saussureana es un constructo ideal-típico que forma un sistema homeostático de unidades funcionales llamado “lenguaje”. La sincronía de la que hablo forma una contemporaneidad en tiempo real. Si existe en todo momento una cierta regulación del discurso social, una división regulada de los campos discursivos y de los géneros con sus propias diversiones, el estudio sincrónico revela también puntos de apego, conflictos, formaciones ideológicas emergentes y recesivas, lo arcaico y lo nuevo y, en la escala de las “distinciones”, lo dóxico trivial y lo paradójico distinguido, del innovador superficial y de las antinomias profundas, fugazmente de lo “inaudito”.

El estudio sincrónico comienza con la búsqueda de presupuestos y valores comunes, de “marcos” que se impongan a todo pensamiento, de paradigmas elementales generalizados que permitan describir una convivencia y, en cierto modo, un confinamiento de los discursos de una

época en un estado de lo pensable y lo decible. Busca mostrar, a pesar de su aparente autonomía y de la diversidad de sus objetos, que las ideas, los sistemas de ideas, pertenecen a “su tiempo”, a la época en la que “nacieron” y prosperaron. Pero en una etapa posterior, también planteé la cuestión complementaria de los puntos de corte, de disidencia, la de la emergencia ocasional del *novum* (en el sentido de Ernst Bloch) donde de repente *das noch nicht Gesagtes*, el “aún no dicho” se abre paso en la entropía del “ya-hí”, donde parece producirse una ruptura en la hegemonía dóxica.

3) Su conexión con la ciudad de Córdoba en Argentina es bien conocida, sobre todo gracias a la traducción que María Teresa Dalmaso y Norma Fatala hicieron de su trabajo sobre la teoría del discurso social: ¿qué puede decir de esta relación y del impacto que su investigación ha tenido en esta ciudad de América del Sur? A su vez, me interesa preguntarle sobre la importancia de los argentinos Luis Prieto y Eliseo Verón en sus investigaciones.

Tengo una relación racionalmente amorosa con Argentina, donde he estado varias veces (primero en Rosario, en Córdoba varias veces, en Mendoza y Buenos Aires) con su literatura y con su rica historia intelectual.

Acabo de mencionar mi larga amistad con Luis Prieto. Practicaba y admiraba a Verón, por desgracia, nunca lo conocí.

4) Según sus textos, usted se considera un “historiador de las ideas” más vinculado a la retórica que a la semiótica, ¿qué relación tiene con los estudios semióticos? ¿Cree que son importantes en el mundo hipermediático actual?

¡Llevaría mucho tiempo explicarlo! También comencé a trabajar, en la época de mis primeros años en Canadá, estimulado y alentado por un colega y amigo, el gran comparatista yugoslavo Darko Suvin, en estudios sobre la utopía y la ciencia ficción francesa temprana (antes de Julio Verne y su tiempo) y a esbozar una teoría y una historia de los géneros, no menos excluido del canon literario, de la “conjetura racional”. Sin embargo, aquí

es donde entra en juego la semiótica. Me permitió distanciarme de otros entusiastas de la ciencia ficción, entusiastas lectores norteamericanos de Isaac Asimov, Philip K. Dick, Ursula LeGuin, Samuel Delany, que expresaron un enfoque estrictamente temático de su género favorito: viajes galácticos, mutantes, extraterrestres, guerras de los mundos... Me pareció que ese enfoque es ingenuo y estéril. Es obvio que todo lector identifica espontánea y fácilmente una afirmación de ciencia ficción. Esta identificación debe basarse en criterios sencillos y decisivos. Traté de decir qué es la ciencia ficción como práctica semiótica. Mi tesis, como buen discípulo de Saussure, era que lo que caracteriza semiológicamente a la ciencia ficción es que es un discurso basado en una sintagmática inteligible, pero en espejismos paradigmáticos, “paradigmas ausentes”. En esto, la ciencia ficción aparece en dos aspectos conjeturales: su proyecto estético consiste en “crear” un universo que es a la vez imaginativamente distanciado (*Verfremdung*, dice Brecht) y racionalmente inteligible (Suvin habla de “extrañamiento cognitivo”). La narración que se ofrece en sí misma exige una lectura de tipo conjetural: el lector no se aplica a los paradigmas narrativos preexistentes en el lenguaje y en el mundo empírico, sino que presupone una inteligibilidad paradigmática que es a la vez ilusoria y necesaria.

Luego publiqué varios ensayos narratológicos, inspirados en particular en la “morfología del cuento” de Vladimir Propp e incluso una “Théorie des actants romanesques”, pero bueno, todo el mundo se olvidó de ellos y yo también.

5) Muchos de sus trabajos versan sobre “la retórica de odio”, ¿a qué se debe este interés y cuál es la importancia de estudiar este asunto?

La oposición convencional entre ideas, emociones y pasiones no prevalece en el ámbito de las ideas colectivas, que siempre están entrelazadas con elementos afectivos e incentivadores, esenciales. La historia de las ideas es, en una sola pieza, una historia de emociones, sentimientos, convicciones, entusiasmos (colectivos) e incluso y sobre todo (como lo atestigua abundantemente la historia de las ideologías) la de los odios y los fanatismos con las palabras que han servido para estimularlos.

El historiador de las ideologías políticas se enfrenta con mayor frecuencia a las “pasiones tristes”, la categoría perceptiva de Spinoza. Al odio, a la envidia, al resentimiento. No es casualidad que haya dedicado un libro muy debatido

a *Idéologies du ressentiment*⁶. El antisemitismo, por ejemplo, se nutre del resentimiento. ¿Qué dice el antisemita de la época del caso Dreyfus, que he estudiado en dos libros? “Ustedes triunfan en esta sociedad capitalista moderna donde nosotros, que somos la mayoría, no estamos en condiciones de imponernos, de elevar nuestros propios valores, de competir entre nosotros, por lo que ustedes se equivocan y la lógica social que favorece su éxito se devalúa. Es ilegítimo y despreciable. Y cuanto más éxito tengáis vosotros y nosotros fracasemos, más manifestaréis vuestra infamia, y serás condenado a nuestros ojos”. El fascismo (genérico) también está impregnado de resentimiento, en la medida en que también puede ser analizado como un avatar perverso de las demandas de cierto tipo de personas desfavorecidas y que amalgama ideólogos nacidos en la izquierda con mitos de la derecha en una “revolución conservadora”. De esta manera, el vínculo constante entre fascismo y antisemitismo parece obvio.

El resentimiento forma el sustrato ideológico del nacionalismo (no el chovinismo de la gran potencia, por supuesto): el de las pequeñas entidades nacionales que arrastran el recuerdo de haber sido esclavizados o intimidados; el resentimiento se insinúa en los “populismos”, en un cierto socialismo (obrerista, ultraizquierdista, bogdanovista) y entre ciertas doctrinarias feministas. Cuando decimos “un cierto” frente a los plenos dispositivos ideológicos frente a los antagonismos y antinomias de este siglo, corremos el riesgo de que los militantes que “se sienten atacados” se opongan a ustedes con el manido paralogismo de la amalgama: ¡están en contra del estalinismo! —o del maoísmo, más tarde—, por lo tanto, están en contra de la emancipación del proletariado, ¡se “clasifican” en el campo de los explotadores! Pero no, las ideologías progresistas, siempre radicalmente heterogéneas, entran en escena social en forma de doctrinas diametralmente opuestas. Los ideólogos del resentimiento siempre creen que hablan en nombre de las multitudes, lo que los justifica para recurrir a los sofismas más sumarios para defender su Buena Causa. Seamos realistas: las ideologías del resentimiento están en aumento hoy en día.

6) Hace un tiempo me envió de manera generosa sus libros sobre “Religiones Políticas” y “Cultos a las Reliquias”, ¿por qué le interesa estudiar este tema y qué relevancia adquiere en nuestro contexto actual?

Oh, esa no es mi idea personal. Hay al menos 100 libros que tratan de las
6 Montréal: XYZ Éditeur 1995.

ideologías totalitarias del siglo XX como “religiones políticas”. Hoy en día son muchos los historiadores y ensayistas que dan por sentado el carácter religioso de los movimientos de masas en el siglo XX, su pertenencia común a un *género similar* al que también pertenecerían las religiones reveladas. El siglo XX en Occidente fue un siglo religioso: esta es la tesis problemática, discutida y polisémica que abordo en este libro. La política en el siglo XX, en sus formas más extremas y atroces, las convicciones que, para bien y sobre todo para mal, animaban a los actores, pertenecen a un orden diferente al *de la política*, pertenecen a la historia de las religiones, no menos que a la historia de las religiones. Las religiones políticas, rojas, negras y marrones, habrían sido, como lo habían sido las religiones fanáticas reveladas, responsables de las masacres y crímenes que ensucian el siglo, crímenes, como siempre, cometidos en nombre del Bien Soberano.

El estudio, que pretende ser divertido, sobre los “Cultos de las Reliquias” se inscribe en la misma perspectiva de la persistencia de la irracionalidad religiosa. ¿Qué tienen en común Santa Bernadette Soubirous, Ernesto Guevara (visité su museo en Alta Gracia donde el público, silencioso y reverente, desfilaba piadosamente frente al tren eléctrico del “Che” cuando era niño), el cantante Claude François, Diana, princesa de Gales, Brigitte Bardot y Kim Kardashian, sino la vaga noción de “celebridades”? Sin embargo, hay una respuesta que apunta a un rasgo común indiscutible de los seis mencionados: el *culto a las reliquias* de estos personajes. La expresión define la preservación fetichista de “restos materiales que una persona venerada tiene o habría dejado atrás”, restos corporales o ropa, objetos familiares (aunque para los apellidos mencionados, están temporalmente vivos cuyos autógrafos se conservan cuidadosamente y se veneran piezas de ropa, robadas o arrancadas por los fanáticos y no los restos físicos de los muertos que se supone que están dotados de poderes milagrosos y mágicos, que son objeto de devoción y que sirven como amuletos y talismanes).

Las reliquias de celebridades son un mercado lucrativo, como la web te hace ver. Las reliquias católicas han sido una fuente abundante de ingresos para la Iglesia a lo largo de los siglos. Al parecer, las reliquias de las estrellas no hacen más que trasladar este antiguo mercado de veneración crédula. La aparente continuidad de los cultos religiosos y de los cultos católicos puede sorprender al psicólogo social.